

Fomentar la lectura, descubrir la *poesía*

Las mejores condiciones para la lectura pública de poemas



A veces la palabra puede convertirse en vehículo de seducción dejando huella en nuestros corazones y haciéndonos cambiar de piel al expresar ideas y sentimientos. Son los efectos logrados con la poesía, y también ingredientes necesarios para transmitir el gusto por la lectura. Las aulas y las bibliotecas escolares deberían dejar que el aire fresco de los versos inundara sus espacios con mayor frecuencia a través, por ejemplo, de la organización de recitales poéticos.

Se puede fomentar la lectura a través de la poesía? ¿Es la poesía el camino para descubrir el mundo mágico de la literatura? Creemos que sí, que leer poemas en la soledad de nuestro cuarto, o recitar versos a quienes nos escuchan, es una de las mejores maneras de entender y transmitir el significado, el placer y la dimensión social inherente a todo acto de lectura.

Como bien sabemos, existen múltiples motivaciones que nos acercan a los libros, concepciones e interpretaciones variadas sobre lo que consideramos o no literatura. Relativismos demagógicos aparte, lo que para mí puede suponer

la palabra *seducir*, como podría haber definido perfectamente la palabra poesía. Porque seducir con palabras, con poemas, es hurgar en la herida del tiempo. Es entrar sin miedo en la luz, en la oscuridad de lo que sentimos y pensamos, de todo lo que para bien o para mal conforma la materia de la que están hechas nuestras vidas. Y nuestros sueños.

Una obra de arte, un poema, tiene que emocionar, conmover. Sólo buceando en el cauce de nuestras emociones lograremos alcanzar nuestro yo más íntimo y valioso, ese yo que rastrea anhelante todo lector de un libro de poemas, o de cualquier libro, y que en



una obra maestra, para ti, o para otra persona, quizás no pase de ser un tostón o un simple bodrio. Hay quienes buscan conocimiento y aprendizaje en los libros; la mayoría, simple evasión o efímero entretenimiento. Habrá quien sólo lea novelas, quien prefiera ensayos o autobiografías, pero lo que sí parece subyacer en el fondo de todo ello —y esto lo saben bien quienes escriben— es que el principal objetivo de cualquier acto literario es seducir con palabras.

Cautivar o embargar el ánimo, el alma o el espíritu. Así define el diccionario

definitiva no es más que una travesía en busca de uno mismo. Narcisos frente a las palabras, queremos vernos reflejados en los libros que leemos. Leemos para vernos reflejados, para *macar la piel del agua*, en palabras del poeta Ángel González.

Esta ansia o deseo irreprimible (afortunadamente siempre insatisfecho) de saber y conocer a través de la literatura, adquiere protagonismo con la poesía. Quien ha tenido la suerte de participar o asistir a un recital de poemas no podrá olvidarlo con facilidad. La magia del acto recorre los cuerpos y las

Quien ha tenido la suerte de participar o asistir a un recital de poemas no podrá olvidarlo con facilidad

mentes. Las emociones afloran. Algo sucede y seduce. Algo muy especial e inexplicable que queremos que vuelva a repetirse.

Como profesor de lengua y literatura he tenido la oportunidad (y la suerte) de organizar varios recitales de poesía en colegios, institutos y centros de adultos. La experiencia siempre ha sido muy gratificante para todos, razón por la cual aún sigo preguntándome por qué este tipo de actos –que deberían formar parte, como dice Saramago, de los programas de salud pública–, teniendo el éxito que tienen, apenas encuentran acomodo ni expansión no sólo en instituciones educativas (gran error que estamos pagando), sino en ámbitos culturales “en teoría” más propicios para tal fin como son las bibliotecas públicas o los centros

culturales de los ayuntamientos. Causa cierta desazón comprobar cómo estos lugares, reducto y depositarios de infinitas historias, imaginación, sueños y fantasías, son pasto, sobre todo, de estudiantes y opositores pegados a sus apuntes y aburridos manuales; sé que vivimos en el mundo de la imagen y las nuevas tecnologías, por eso no me extraña comprobar cómo en los servicios de préstamo de las bibliotecas existen listas de espera no para adquirir un libro de cuentos o una novela de aventuras, sino para llevarse a casa juegos de ordenador, DVDs, etc.

En la literatura y en la vida no existen fórmulas válidas para nada ni para nadie. No caben límites ni fronteras posibles en el territorio libre de la poesía, salvo misterio, incertidumbre, indefinición y extrañeza ante el asombro



perpetuo del inevitable e inaprensible transcurso de los días. Intentamos, no obstante, una explicación a sabiendas de que ésta es imposible, de que no existe y de que el poema no será a la postre más que la celebración de un fracasado intento. De quien lee y de quien escribe.

Hecha esta advertencia, esta salvedad, con las miras puestas en fomentar el hábito lector a través del descubrimiento de la poesía, se me ocurre pensar que la lectura pública de poemas debiera erigirse en pilar

identificación entre el poema y la persona que lo lee, es decir, la interiorización de las tribulaciones y sentimientos personales del poeta con la finalidad de transmitirlos y compartirlos con el auditorio.

Es importante también realizar pequeños comentarios que predispongan el ánimo del público y rompan la monotonía derivada de una posible lectura ininterrumpida de poemas. Y algo sumamente importante que a veces pasa inadvertido: el tiempo. Las sesiones han de ser cortas pero intensas. No ex-



fundamental para la consecución de tales objetivos. Tres son, a mi juicio, las condiciones necesarias para llevar a cabo y disfrutar de una buena lectura pública de poemas: 1) El silencio, roto únicamente por la musicalidad y el ritmo de las palabras en el verso. 2) Un cálido recogimiento, una cierta intimidad que podemos alcanzar, por ejemplo, oscureciendo parcialmente la sala y dejándola en penumbra; y, en tercer lugar, la imprescindible

plicaremos los poemas: libertad para reflexionar, sentir y emocionarse.

Cada momento, cada circunstancia es irrepetible. En función de sus características elegiremos los poemas, el orden en el que van a ser leídos, pero dejando el terreno abierto a la improvisación, a la espontaneidad, a la participación. El “éxito” estará en saber leer y entender las apetencias de la gente, en dejarse conducir por

Conocer los diferentes tipos de estrofa me parece un aprendizaje muy interesante y necesario, pero poco o nada aporta cuando se trata de transmitir el placer de la lectura

sus respuestas, interactuar con ellos para crear una atmósfera mágica y envolvente en la que, desprendidos del lastre de nuestras personales biografías, olvidemos preocupaciones, rutinas, lazos que nos atan y nos impiden avanzar hacia nuestro propio conocimiento, entendido éste como unidad liberadora en la que todo y nada confluyen al mismo tiempo.

Así hemos de concebir la poesía. O así entiendo que habríamos de concebirla. Sin embargo, como consecuencia básicamente de una mala educación estética (y afectiva) de la lectura de poemas en particular y del concepto de lectura en general, la mayoría de las personas creen que leer un poema es algo cuanto menos farragoso (“palabras encadenadas sin sentido”), en la mayoría de los casos indescifrable, difícil y, por tanto, carente de interés, aburrido.

Conocer los diferentes tipos de estrofa, distinguir una rima asonante de una consonante, un verso alejandrino de uno octosílabo, un soneto frente a una octava real, saber qué es una metáfora, un hipérbaton o un verso libre... me parecen aprendizajes muy interesantes y necesarios, pero poco o nada aportan cuando se trata de transmitir el placer de la lectura. Al contrario, pueden constituir un serio obstáculo, una rémora, cuando lo que pretendemos es que los jóvenes disfruten de la lectura y se habitúen a ella, la incorporen a sus vidas como una fuente más de placer,

como se comenta en el prólogo a la primera parte del Quijote: “*Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla...*”.

No está en mi intención ser apocalíptico ni a estas alturas descubrir mediterráneos, de lo que sí estoy seguro y convencido, y en ello creo, es que a un niño de quince años, por ejemplo, o a cualquier otra persona (excepto lectores experimentados), le va a gustar más, y por tanto lógicamente va a experimentar mayor placer con la lectura de los *Versos del capitán*, de Pablo Neruda, que con la *Fábula de Polifemo* y *Galatea*, de Góngora, por poner un sencillo ejemplo clarificador.

No es cuestión de rebajar los conocimientos y empobrecer los “niveles de lectura”, como quizá alguien pueda estar pensando. La calidad de un poema no tiene por qué estar relacionada con el número de figuras retóricas o con su complejidad interpretativa. El objetivo es elevar el número y la calidad de los lectores, desarrollar el hábito de la lectura a través del descubrimiento de la poesía, llevar a cabo y ofrecer una adecuada selección de textos que, en términos pedagógicos, *conecten con los conocimientos y sentimientos previos de quienes están leyendo o se disponen a hacerlo.* ■

AUTOR: Aritmendi Villanueva, Ángel Luis. IES Humanejos de Parla (Madrid).

FOTOGRAFÍAS: IES Humanejos (Parla, Madrid) y Centro de Adultos Rosalía de Castro (Leganés, Madrid).

TÍTULO: *Fomentar la lectura, descubrir la poesía. Las mejores condiciones para la lectura pública de poemas.*

RESUMEN: Los recitales de poesía, tan escasos en instituciones educativas, bibliotecas y centros culturales, deberían formar parte —como dice Saramago— de los programas de salud pública. En este artículo se esbozan las condiciones necesarias para la lectura de poemas así como las claves para elevar el número y la calidad de los lectores a partir del descubrimiento de la poesía.

MATERIAS: Bibliotecas Escolares / Poesía / Promoción de la Lectura / Actividades en las Bibliotecas / Educación / Comunidad de Madrid.